

## **Transgeneracionalidad del daño y memoria**

*Miguel Scapusio<sup>1</sup>*

Quienes trabajamos en instituciones cuyo cometido es la defensa y promoción de los DD.HH., tenemos la responsabilidad de entender e investigar los medios a través de los cuales el terror experimentado en épocas pasadas puede estar expresándose hoy en la subjetividad y en las características de la vida relacional de toda una población.

Actuamos en un campo en el que emerge, de múltiples maneras, la dimensión de “lo humano” con sus ideales, sus valores y sus dignidades, y en el que se trata en última instancia de la vida y su potencial de transformación.

Por ello, pensamos que es en esa vida que se recrea diariamente en el núcleo familiar, en las relaciones entre los géneros, en el mundo cada vez más complejo del trabajo y de la exclusión, en los códigos culturales, en los distintos posicionamientos a través de los que interactuamos, en el accionar de los colectivos, donde debemos intentar descubrir cómo y qué subjetividad está siendo producida y buscar los elementos con los que individuos y grupos van construyendo sus estrategias identitarias y sus lazos de inclusión en la comunidad de la que forman parte.

Pero también es necesario advertir cómo en la vida cotidiana están las marcas de las situaciones históricas vividas; cómo los signos de la violencia del terrorismo de Estado pueden estar presentes hoy no sólo en el cuerpo y el psiquismo de los afectados, sino en cada trama del tejido social. Porque sabemos que esa diferenciación entre afectados y otros que (aparentemente) no lo fueron es engañosa, que los períodos de terror político, de violencia desatada por el Estado tienen efectos sobre toda la sociedad.

Es cierto que hubo miles de directamente afectados, pero el dantesco ejercicio de fuerza y brutalidad que se hizo sobre ellos persiguió que los demás integrantes de la sociedad fueran también afectados. Por ello, el trabajo con quienes fueron presos, torturados, perseguidos y sus familiares, tiene que poder incluir esta expresión del daño dentro de los padecimientos sociales.

### **Trauma social y daño**

Daño es la resultante, el efecto de la irrupción de la situación traumática con sus secuelas subsiguientes de pérdidas y dolor. Con la particularidad de que -a diferencia de otras situaciones, un terremoto, un cataclismo o incluso situaciones vinculadas a la violencia interpersonal (violencia familiar, maltrato, etc)- hubo en el accionar del terrorismo de Estado la intencionalidad de provocar ese daño. No se trató de excesos ni del accionar de algunos sujetos perturbados o sádicos. Se trató de un conjunto de acciones planificadas sistemáticamente por parte de quienes detentaban el poder del aparato estatal para ocasionar daños físicos, psicológicos, emocionales, económicos y sociales a quienes fueron señalados para que a través de ellos la sociedad advirtiera el horror de lo siniestro como realidad concreta.

Por eso, entenderemos aquí el daño como todo tipo de afectación o menoscabo a la integridad de las personas y a la trama social que las sustenta. A la alteración y eliminación deliberada –utilizando la

---

<sup>1</sup> *Psicólogo de SERSOC (Servicio de Rehabilitación Social, Uruguay).  
Dibujo de Arturo Castellá.*

fuerza y el poder- de un devenir potencialmente productivo de lo individual y lo colectivo en el que se conjugan y se enlazan los destinos personales y sociales.

Y, además, se trata de ver que el daño no es algo que cese porque la causa haya cesado con el término de las dictaduras y el terror de Estado, sino algo que sigue aconteciendo, sustancialmente como efecto de la impunidad y la no reparación y la consiguiente frustración en relación a los ideales de justicia, con la repercusión que esto tiene en las expresiones subjetivas.

Señala Carlos Madariaga: “La impunidad constituye el mecanismo retraumatizador por excelencia; su efecto deletéreo sobre el psiquismo individual y colectivo está hace ya tiempo debidamente probado en términos científicos. Sin embargo, nada ha logrado (ni siquiera la razón teórica) que el Estado chileno (tampoco el uruguayo, acotamos nosotros) asuma su responsabilidad histórica y se disponga a una reparación real que se sustente en pilares básicos como la moral, la política, la cultura, la ley, la salud.”

“Recuperada la democracia formal,” –expresa Giorgi- “la impunidad, el silencio y el olvido, ejes centrales de las políticas post-dictaduras, imposibilitaron la elaboración colectiva, haciendo que los efectos de la etapa del terror se mantuvieran activos hasta nuestros días. Sobre esa ‘herida histórica’ se produjo en la década de los 90 la ofensiva ideológica y cultural del neoliberalismo“, acentuada actualmente por la asfixia económica y las amenazas de la intervención militar que esgrime con arrogancia la potencia imperial.

La violencia y la guerra son realidades que atraviesan cada dimensión de la vida en el mundo actual. Esta omnipresencia supera cuanti y cualitativamente a situaciones bélicas y post-bélicas del pasado, particularmente la segunda guerra mundial y el terror nuclear que caracterizó a las décadas posteriores a su culminación.

Hoy en día lo insólito se ha transformado en acontecimiento casi cotidiano al impulso del cinismo del capitalismo mundial integrado. Prueba de ello son el empobrecimiento de nuestros países (como el de otras vastas regiones del mundo), con sus incontables masas de desocupados y excluidos, enormes sectores de la población viviendo en niveles de “misericordia absoluta” y Estados en quiebra y vaciados por la corrupción, que abandonan servicios esenciales como la seguridad social, la educación y la salud.

Estas lógicas signadas por la guerra, en las que se combinan poderes militares y económicos sin precedentes, configuran –como señala Baudrillard- un terrorismo virtual de efectos permanentes en todas y cada una de las expresiones de la subjetividad contemporánea.

La división del mundo en “ejes del bien” (EE.UU. y sus aliados coyunturales) y “ejes del mal”, en los que se incluye por ahora a algunos regímenes integristas y despóticos, pero que podría extenderse progresivamente a cualquier país, organización política, etnia o colectivo de cualquier tipo que se oponga a los intereses imperiales, muestra claramente la intención de implantar “la sociedad única, el pensamiento único, las formas de vivir únicas“, en donde lo diferente se elimina a través de la guerra preventiva, la segregación económica de las regiones a las que se quiere controlar y las colosales campañas propagandísticas que apuntan a “anestesiarse” a la opinión pública mundial sobre lo que se está llevando a cabo.

Esto también es producción de daño. Para todas las generaciones, pero en particular para las que, por razones etéreas, anhelan proyectarse hacia el futuro.

Por ello es que pensamos hoy que, sin dejar de realizar la asistencia psicosocial a las víctimas del terrorismo de Estado, el trabajo clínico debería utilizar lo aprendido en esos espacios para trascenderlos, para encontrar las huellas del daño en las diversas expresiones de la subjetividad actual.

Mi interés es mostrar ciertas expresiones en las que se acoplan lo heredado por el terrorismo de Estado con las angustias del momento actual del mundo en el campo de lo subjetivo, entre las que podemos destacar:

- a) Miedo: esto incluye tanto el miedo vivido y no comprendido como el miedo transmitido por la generación precedente, pero fundamentalmente por los relatos de la “historia oficial”, en donde la desvirtuación y oscurecimiento de los hechos se contrasta con las narraciones e intercambios intergeneracionales.
- b) Temor: por el conocimiento distorsionado del pasado que mantiene la aprensión de que lo siniestro, esto es, las fantasías respecto a objetos o situaciones temidas, pueda volverse real.
- c) Nostalgia: vivida como la pérdida de un tiempo y de una situación idealizada anterior al terrorismo de Estado, con toda la carga que esto implica de decepción y apatía ante el presente y de tristeza, desconcierto y desesperanza ante el futuro.
- d) Silencio: aquí se observa la función del secreto como organización, que abarca diferentes aspectos: el silencio social inducido por el Estado, la identificación alienada con ese mandato y la necesidad -como técnica defensiva- de mantener silencio con posterioridad a las situaciones traumáticas vividas.
- e) Violencia: que muestra en toda su magnitud los efectos de la impunidad: ¿cuál es el grado de credibilidad para una convivencia pacífica cuando los responsables de los crímenes más horribles no han sido castigados, ni siquiera enjuiciados?, ¿qué actitud tomar frente a los episodios de corrupción que cada vez más sacuden a nuestras sociedades?, ¿cómo reaccionar frente a la injusticia y a la exclusión que conlleva el mundo actual y que se expresa en la creciente discriminación de grandes sectores de la población?
- f) La desconfianza y la falta de credibilidad: que se expresan en el “hacé la tuya” y que muestra la ruptura de códigos simbólicos que tienen una función organizadora de lo social.

Lo que advertimos en el trabajo con la llamada “segunda generación”, es decir, con los hijos de expresos, detenidos-desaparecidos o exiliados, es que las particularidades y diferencias entre los “directamente afectados” y los que aparentemente no lo son, no alcanzan a borrar los elementos en común que enlazan a todos los integrantes de esta generación, situación que tenemos que apreciar para entender las causas que conspiran contra la salud mental de nuestras poblaciones.

También otros jóvenes están enfrentados al daño y viven el riesgo de ser atrapados por el silencio, el olvido y el desconocimiento, ya que éstos fueron los dispositivos sociales en los que se basó el intento de “dar vuelta la página” pregonado por las salidas post-dictaduras. Y también como ellos, están en lucha contra la desconfianza, el escepticismo y la resignación, generados por las políticas basadas en la impunidad.

Porque la impunidad no es solo la de los genocidas que realizaron el “trabajo sucio”. Es también la de los que alentaron y planificaron estos hechos desde el poder económico y político, la de aquellos –los “funcionarios”- que ayer y hoy deciden la suerte de miles de personas, arrellanados en el confortable sillón de su despacho, a veces, inclusive a distancias lejanas de donde transcurren esos sucesos.

## **Los dispositivos**

Si llegamos a la conclusión de que efectivamente hay una transgeneracionalidad del daño que abarca, sin omitir acontecimientos e historias propias, a toda una generación, nuestro esfuerzo debería orientarse a la construcción de agrupamientos colectivos múltiples, a partir de singularidades

reconocidas y asumidas. Singularidad que alude a los modos diferentes, particulares, únicos, que cada uno de estos adolescentes y jóvenes se dio y se da para ir armando su proceso identitario.

Proceso que tiene como rasgos diferenciales los distintos lugares de ubicación social, sus inclusiones, proximidades o lejanías en relación a lo que otros sufrieron. Pero que tiene en común las situaciones de dolor vividas, las “pasiones” políticas y los conflictos de sus padres, las líneas ideológicas que atraviesan cada genealogía.

De allí, a nuestro entender, la riqueza del trabajo grupal para permitir el pasaje de la historia a la historicidad, es decir, la asunción de una historia personal vivida como diferencia que da sentido a la existencia con y entre otros, también diferentes.

Nos encontramos, pues, en una nueva etapa de nuestro trabajo, en donde tratamos de articular el trabajo terapéutico grupal con integrantes de la segunda generación (“afectados directos”) con espacios más abiertos (los talleres de memoria) para tratar de investigar sobre los modos de expresión generacional –en los dispositivos grupales- de campos absolutamente interpenetrados como el de la afectividad, la subjetividad y la socialidad.

A las preguntas iniciales ¿quiénes son éstos jóvenes?, ¿qué vivieron y qué pueden transmitir de sus experiencias como niños ante la prisión, el exilio y el dolor de sus padres?, ¿qué pasó en aquellos momentos con ellos mismos, con sus sentimientos, sus ilusiones, sus indefensiones y sus fortalezas?, ¿qué les pasa hoy?, ¿cómo se ubican en relación a lo vivido? se sucedieron otras que nos fueron ubicando en un camino en el que se hacía cada vez más evidente la necesidad de no escindir el trabajo clínico del que desplegábamos en otros ámbitos.

Nuevas preguntas, pues: ¿cuáles son las diferencias y los nexos que se advierten entre ellos y otros jóvenes (los supuestamente no afectados)?, ¿cómo interactúan en la sociedad en que les toca vivir? Y también: ¿qué se expresa en el encuentro entre generaciones?, ¿qué diálogo puede ser posible?, ¿qué pasa con las marcas generacionales, con los afectos, con las ideas, con lo que se dice, con lo que se calla?

Fue así como a partir del “aquí y ahora” de las situaciones de vida de cada integrante, fuimos iniciando la creación de instancias en las que proponíamos un trabajo de memoria e historización, tanto en los grupos terapéuticos que ya funcionaban como en los demás espacios que íbamos tratando de promover.

Memoria e historización que incluyen no solo el mundo familiar y los recuerdos ligados al sí-mismo, sino también a los distintos momentos histórico-políticos (luchas sociales previas a la instalación de la dictadura, terrorismo de Estado, transición a la democracia) con la impronta sobreagregada que conllevan para la construcción de una visión del mundo los terribles sucesos de la actual etapa de globalización.

A partir de la creación en la Facultad de Psicología de la Cátedra Libre de Ética y Derechos Humanos, nos encontramos con la posibilidad de “puentear” nuestra experiencia institucional con espacios más amplios –muchos de ellos inclusive con otras lógicas de funcionamiento- pero que tenían en común el interés de muchos estudiantes por conocer y trabajar situaciones de un pasado reciente por el cual también se sienten afectados.

Fue en ese encuentro que fuimos repensando y ajustando diferentes recursos metodológicos y técnicos. En los grupos terapéuticos con instancias intensivas para propiciar historias de vida en grupo a través del trabajo con el árbol genealógico (aspectos culturales, económicos, sociales y simbólicos de la genealogía de la familia), el hábitat (espacios físicos significativos en los que transcurrió la existencia), la historia amorosa (modelos identificatorios, sentimientos, elecciones, momentos de vida, sexualidad, género, ideales), etc.

En los talleres de memoria, realizados fundamentalmente con estudiantes de la Facultad, pero también en otras instancias (Primer Congreso de Madres de Plaza de Mayo, Foro Social-Uruguay, jornadas, etc) a través de técnicas diseñadas por nosotros como la que denominamos “la línea del tiempo” (registro de acontecimientos significativos de distinto tipo ocurridos desde la mitad del siglo pasado hasta la actualidad tanto en el plano local como en el mundial) o la que propone un trabajo sobre “ideales, valores y metas” de la generación de los padres y de la generación actual.

También el relato de “anécdotas” vinculadas a la etapa de la dictadura.

En ambos casos, la propuesta es centrarse en un trabajo de memoria e historización que permita, sin dejar afuera los aspectos emocionales y la historia propia, propiciar un efecto de distanciamiento a fin de integrar vivencias y conceptos para lograr una comprensión más abarcativa de la relación entre lo identitario y lo socio-histórico.

Una enseñanza vigente de Pichon Rivière señala que lo terapéutico es el aprendizaje. Consideramos que la memoria es parte integral de este aprendizaje en la medida que es compartir con otros los mismos o distintos tiempos vividos, intercambiando recuerdos y experiencias y corrigiendo visiones, posicionamientos y significaciones.

El hecho mismo de rescatar el pasado y pensar el futuro se convierte así en una forma activa de transformación del presente, de ponerlo a funcionar como generador de deseo. De ahí también la importancia de la memoria para la potenciación de las redes sociales, en tanto generador de espacios grupales, de colectivos en los que se despliega la temporalidad como elemento constitutivo de una trayectoria social. También para hacer “una travesía por la identidad, una fenomenología colectiva expresada en una narrativa”, como señala Corradi.

## **Transgeneracionalidad**

En este contexto, considero que el concepto de transgeneracionalidad es a la vez más preciso y más abarcativo que “transmisión transgeneracional”, noción que muchas veces se usa como equivalente.

Transgeneracionalidad traza una línea que muestra cómo las situaciones de daño atraviesan varias generaciones, sin hacer recaer en éstas la exclusiva responsabilidad de reproducir y transmitir ese daño. Y esto tiene el valor de obligarnos a escudriñar sobre lo que está oculto, opacado, invisibilizado: la función de los sistemas de poder y sus aparatos ideológicos, especialmente aquellos que “científicamente” proporcionan la intelección “adecuada” a problemas como los que nos toca pensar. Solución que a veces pasa por psicologizar, familiarizar y privatizar la violencia, eludiendo el que ésta se origina en el interjuego de lo político y lo social.

No negamos el hecho de que haya una transmisión intersubjetiva que traslade, por ejemplo, en el ámbito de la familia una cantidad de efectos no elaborados de lo experimentado en las etapas del terror. Pero nos interesa más lo que se pudo transmitir en aras de un legado ético, de “vida buena” como diría Aristóteles, en el que se ensamblaron amores e ideales. Fue así que –como señala una compañera de la Facultad- los niños se convirtieron en incontables oportunidades, al cantar el himno, al comentar una situación con un amigo o un compañero de la escuela, en “militantes de 6 años”, ligados a sus padres en la resistencia a aquello que se les quiso imponer.

Similar comentario nos merece la noción de transmisión trans-subjetiva. Tenemos que advertir que allí no juegan solamente inconscientes individuales o grupales con su circulación fantasmática a través de distintas generaciones, sino todo un funcionamiento real maquínico, en el que se acoplan modos de producción, entramados institucionales y producción de subjetividad, constituyendo

formas de captura de lo nuevo para mantener y reproducir lo ya existente a través de modelos  
personológicos en consonancia con lo establecido.  
O sea, la “transmisión transgeneracional” no la hacen solamente los sujetos, como equivocadamente  
esa noción induce a pensar, sino el trabajo de campos inmanentes (naturaleza, socialidad,  
subjetividad y grado de desarrollo material) que actúan acoplándose unos con otros. Necesitamos,  
por tanto, instancias que puedan convertirse en formas de producir un conocimiento  
verdaderamente científico. Esto es, no-neutral, no-cientificista y disciplinario, no adaptado a los  
criterios de científicidad de las corporaciones transnacionales del conocimiento, sino en un saber en  
el que se asuma el desafío de repensar colectivamente nuestros propios vínculos con el universo  
sociopolítico.

### **Referencias bibliográficas**

*Corradi, Juan. 2001. Revista Puentes.*

*Giorgi, V. 1995. Represión y olvido. Montevideo: Sersoc.*

*Giorgi, V. Los grupos y el escenario académico. Inédito.*

*Madariaga, C. 2002. “Modernidad y retraumatización. Lo público y lo privado en el sujeto social chileno”. En: Paisajes del Dolor, Senderos de Esperanza. Salud Mental y Derechos Humanos en el Cono Sur. Buenos Aires: Polemos.*

*Robaina, M.C. 2002. “Tortura e impunidad”. En: Paisajes del Dolor, Senderos de Esperanza. Salud Mental y Derechos Humanos en el Cono Sur. Buenos Aires: Polemos.*

*Vieites, S. Los militantes de 6 años. Inédito.*

*Viñar, M. 1993. Fracturas de memoria. Montevideo: Trilce.*

Julio 2006.